



**El rapto de Europa.  
Orígenes filosófico-políticos del fascismo español.  
El caso Ledesma Ramos\***

*David Soto Carrasco*

«Cuando en Italia nació el fascismo, todavía era un ideal: el nacionalista, de salvación. Luego ya no fue sino poder. Enfrente comenzaron a revivir y a formarse otros ideales. Estos eran ideales de la razón frente a aquél que era ideal nacido de un instinto: la necesidad de vivir sentida como un ideal. Así frente a los hombres de acción se formaron las filas de los hombres de razón»<sup>1</sup>.

*Introducción: «El hombre vive en la historia»*

En el conocido texto *Los intelectuales en el drama de España*, María Zambrano aseveraba que el fascismo emergía de la vida y el alma estrangulada de Europa, que era una consecuencia del fracaso europeo a la hora de digerir la experiencia de la Primera Guerra Mundial<sup>2</sup>. Consistía, según la pensadora republicana, en la desesperación impotente por hallar una solución a una situación de gran angustia, al escenario insostenible creado tras la Paz de Versalles. De manera adecuada, reconoció que el culto exacerbado a la violencia llevaba al fascismo inevitablemente al crimen, al obrar «sin reconocer más realidad que la suya, porque fundaba la realidad en un acto suyo de violencia reductora». Zambrano creyó intuir el origen de esta violencia y del propio fascismo en el Idealismo, que dominaba culturalmente el continente. El exceso de racionalismo impedía al hombre europeo vivir íntegramente una experiencia total de la vida. De la represión, surgiría la vida como violencia desbocada, ciega. Frente a ella, decía Zambrano en plena contienda bélica hispana, se levantaba «el infinitivo heroísmo» del pueblo español, que siempre se había mantenido alejado de cualquier intento de racionalización europea. Así, el fascismo se le presentaba como un fenómeno exclusivamente europeo, que había llegado a España de fuera, alejado de sus formas de vida, tanto culturales como políticas. En este sentido, el presente

\* Este trabajo se inscribe en el marco del Programa FPU del Ministerio de Educación (AP2007-02918).

<sup>1</sup> J. CHABÁS, *Obras Completas*, vol. III, *Ensayos, 1. Escritos políticos*, Valencia 2002, p. 156.

<sup>2</sup> M. ZAMBRANO, *Los intelectuales en el drama de España y escritos de la guerra civil*, Madrid 1998, pp. 99 ss.

ensayo pretende rastrear las raíces ideológicas que nutren el primer intento de la creación en España de un movimiento totalitario, sin caer en los esencialismos zambranianos. Desde esta labor de análisis, se procurará contextualizar el surgimiento del movimiento totalitario español bajo una óptica política y cultural europea, sin la cual a nuestro modo de ver resulta incomprendible captar toda la amplitud de este fenómeno. El trabajo se centrará en la figura de Ramiro Ledesma Ramos (1905-1936), discípulo del filósofo José Ortega y Gasset y fundador del grupúsculo de ideología fascista: Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista (JONS) en noviembre de 1931<sup>3</sup>. Según Ledesma, el tema de su tiempo lo constituían los grandes movimientos europeos de masas que triunfaban en Rusia, Italia y Alemania. De modo que toda posibilidad para revitalizar el cuerpo dormido de la nación española consistía en constituir un movimiento totalitario y nacionalista fuertemente estructurado. La cuestión pasaba por encontrar el mito nacional adecuado para entroncar con las energías vivas que yacían aletargadas desde la Restauración.

Como han puesto de manifiesto numerosos autores<sup>4</sup>, la evolución intelectual de Ramiro Ledesma se desenvuelve a lo largo de tres etapas visiblemente delimitadas<sup>5</sup>. Una primera juvenil, llamada “literaria”, que centrará el análisis de este epígrafe, y que se enmarcaría en el período comprendido entre 1922-1925. Una segunda, “filosófica” en torno a los años posteriores a 1925, en los que Ledesma abandona la literatura por la Filosofía. De hecho, se matricula en la Universidad de Central de Madrid en las titulaciones de Filosofía, Matemáticas y Ciencias Químicas, estas dos últimas jamás llegaría a concluir las. Aunque su inquietud científica, emanada de sus lecturas juveniles, estará presente a lo largo de su corta vida. La pasión despertada por la Filosofía le lleva al conocimiento directo de los textos y los autores y decide aprender francés y alemán<sup>6</sup>. Pese a su juventud, comienza a colaborar a partir de 1926 en «La Gaceta Literaria» que dirige el filofacista

<sup>3</sup> Las J.O.N.S de Ramiro Ledesma Ramos se fusionarían con el también partido de extrema derecha fundado por José Antonio Primo de Rivera, Falange Española en febrero de 1934, pasando a denominarse Falange Española de las JONS. Durante la Guerra Civil española, el 19 de abril de 1937, Franco unificaría a FE de la JONS con los tradicionalistas y el resto de fuerzas políticas que apoyaron la sublevación para constituir el partido único conocido como Falange Española Tradicionalista de las JONS, que se convertiría en una de las piezas fundamentales de Franco para mantener el Régimen. Cfr. J.M. THOMÁS, *La Falange de Franco. Fascismo y fascistización en el régimen franquista (1937-1945)*, Barcelona 2001.

<sup>4</sup> S. MONTERO DÍAZ, *La evolución intelectual de Ramiro Ledesma Ramos*, in R. LEDESMA RAMOS, *Escritos filosóficos*, Madrid 1941, pp. V-XVI; F. GALLEGO, *Ramiro Ledesma Ramos y el fascismo español*, Madrid 2005; L. CASALI, *Società di massa, giovani, rivoluzione. Il fascismo di Ramiro Ledesma Ramos*, Bologna 2002, pp. 54-64.

<sup>5</sup> Para la trayectoria biográfica de Ledesma Ramos: T. BORRAS, *Ramiro Ledesma Ramos*, Madrid 1971.

<sup>6</sup> Para la editorial de la «Revista de Occidente» de Ortega traducirá la obra de Walther Brand y Marie Deutschbein, *Introducción a la filosofía de la Matemática*, Madrid 1930.



Ernesto Giménez Caballero. Posteriormente, lo llevaría a cabo en la prestigiosa revista de su “maestro” Ortega, «Revista de Occidente», a partir del año 1929. También se le abren las puertas de las revistas «Atlántico» y «Hélix»<sup>7</sup>. Poco a poco, bajo la influencia de Giménez Caballero, su actitud se irá radicalizando, de manera que para finales de 1930, «Ledesma es ya un fascista»<sup>8</sup>. En este año, comienza lo que se ha caracterizado como su tercera etapa, la “política”. El momento político que vive España es determinante en esta transición. En enero caía la dictadura de Primo de Rivera y Alfonso XIII nombraba presidente de Gobierno a Dámaso Berenguer. El Gobierno Berenguer duró sólo catorce días. Le seguiría el del Almirante Aznar. Los movimientos políticos y sociales descontentos con el inmovilismo de aquellos gobiernos, exigieron la creación de Cortes Constituyentes, poniendo en evidencia que toda renovación del país era a estas alturas incompatible con la Monarquía. Poco después, Ortega publicará en «El Sol» el artículo con el conocido título: *Organización de la decencia nacional*<sup>9</sup>. Para la joven generación, la respuesta de Ortega ante los acontecimientos políticos fue siempre poco alentadora. A partir de ese momento, cada uno propugnará su particular método para liquidar los usos políticos vigentes en la España de la Restauración. Que hasta esta coyuntura, todos actuaban bajo la influencia de Ortega es claro. Incluso el propio Ledesma, en una carta enviada al «Heraldo de Madrid», publicada el 21 de enero de 1930 ante los sucesos acaecidos en el homenaje a Gecé en el Café Pombo<sup>10</sup>, sostenía que:

«No somos fascistas. Esta fácil etiqueta con que se nos quiere presentar en la vida pública es totalmente arbitraria [...] Vamos contra la vieja España con propósitos superadores. Nuestra posición teórica véase y estudiase en los libros del maestro José Ortega y Gasset, donde se hallará casi íntegra. En todo caso nuestra actitud no consiste sino en el lanzamiento de una idea nacional, a la que hemos adherido con todo tesón»<sup>11</sup>.

<sup>7</sup> G. SERVET, *Ramiro Ledesma Ramos, apóstol de la revolución nacional*, in «Aportes. Revista de Historia Contemporánea», 58/2005, pp. 155-171. Sánchez Diana por su parte ha indicado que Ledesma colaboró en un semanario valenciano titulado *Arte y Destreza* (J.M. SÁNCHEZ DIANA, *Ramiro Ledesma Ramos. Biografía política*, Madrid 1975, p. 34).

<sup>8</sup> F. GALLEGU, *Ramiro Ledesma*, cit., p. 55.

<sup>9</sup> J. ORTEGA Y GASSET, *Organización de la decencia nacional*, en *Obras Completas*, Madrid 1969, tomo XI.

<sup>10</sup> El 8 de enero de 1930, Gómez de la Serna tribuna un homenaje en honor de Giménez Caballero en el conocido *Café Pombo* de Madrid. Entre el casi centenar de asistentes se encontraba los más granados de la vida literaria española. Estaban Ledesma, Sangroniz, Sainz Rodríguez, Jarnés, Salinas, Pastor, Revés, Sánchez Mazas, Bergamín, Vela, Solana, Montes, Salazar Alonso, entre otros. Como es conocido, allí Alberti ridiculizó la empresa orteguiana de «Revista de Occidente» en un panfleto titulado *Elegía cívica*, también atacó a Antonio Marichalar. A continuación, a la hora de los postres, llegó el momento de hablar de la situación política y social de la Dictadura de Primo de Rivera. Mucho se ha hablado y mucho se ha escrito de este incidente. Según recuerda el propio Giménez Caballero, Antonio Espina tras unas breves palabras en las que defendió a la juventud liberal y republicana, sacó «una amenazante pistolita de madera». A cuya respuesta, Ramiro Ledesma respondió con unas palabras más agresivas esgrimiendo una pistola auténtica. Para Gecé, el entretenido altercado fue una manifestación simbólica de la inmediata guerra civil.

<sup>11</sup> R. LEDESMA RAMOS, *Obras Completas*, cit., Vol. II, p. 244.

*El vitalismo nietzscheano en el joven Ledesma*

En este contexto, el joven Ledesma romperá con Ortega, estableciendo una respetuosa pero marcada distancia. El 14 de marzo de 1931, Ledesma dará materialidad a su propia acción política, con el inicio de la publicación de «La Conquista del Estado», en donde reconocerá como «el tema de nuestro tiempo» a los movimientos totalitarios que recorren Europa: Rusia, Italia y Alemania. Ese será pronto su camino. Pero volvamos al período juvenil, en esta etapa Ledesma va a escribir fundamentalmente relatos breves, cuentos, reportajes y ensayos<sup>12</sup>. Hasta la obtención del título de bachillerato el joven fascista redactará tres novelas cortas, *El fracaso de Eva*, *La hora romántica* y *El joven suicida*, un artículo sobre el escritor francés Anatole France titulado *Ideas. El escepticismo y la vida*; un cuento publicado el 18 de julio de 1924 en la revista «Nuevo Mundo» con el nihilista título de *El vacío (cuento metafísico)*; un ensayo que se publicaría póstumamente en 1971, *El Quijote y nuestro tiempo*; una novela que verá la luz gracias a la ayuda de su tío y un reportaje dedicado a Ortega, publicado en 31 de enero de 1925, bajo el encabezamiento de *El lago Castalleña y sus alrededores*. A nuestro parecer, la influencia fundamental en todas las obras de este periodo será la extraída de la lectura juvenil y pasional de Nietzsche<sup>13</sup>. Con todo, Ledesma irá evolucionando de un romanticismo nihilista en sus primeros textos hacia un vitalismo más claro, propio de la inquietud constante de los últimos trabajos de esta etapa literaria. En ellos, también se encontrarán resonancias de Ortega y Unamuno, a quien dedicará «como el más íntimo homenaje a su corazón de poeta, cerebro de sabio y a su espíritu de filósofo», la novela *El sello de la muerte*<sup>14</sup>. A este respecto, el subtítulo de esta obra es fundamental para delimitar las coordenadas por las que avanzará el pensamiento de nuestro autor: *La voluntad al servicio de las ansias de superación: Poderío y grandeza intelectual*, y que por supuesto estará repleta de citas y expresiones del *Zaratustra*. Como bien han mostrado Simancas y Moraleja, la influencia del autor alemán, se complementa con el fuerte, pero introvertido, temperamento de Ledesma que dará lugar a novelas donde los personajes están marcados por su juventud y por su fuerte carácter solitario, áspero y duro, que los lleva a situaciones de exaltación vital ante el mundo que los rodea y que en cualquier momento

<sup>12</sup> Una clarificatoria introducción a su trayectoria ideológica y vital puede hallarse en: G. SERVER, *Itinerario de un patriota revolucionario*, en R. LEDESMA RAMOS, *Obras Completas*, cit., Vol. I, pp. 9-49.

<sup>13</sup> G. SOBEJANO, *Nietzsche en España*, Madrid 1967, pp. 654 ss; S. MONTERO DÍAZ, *La evolución intelectual*, cit.

<sup>14</sup> R. LEDESMA RAMOS, *El sello de la muerte*, Madrid 1924, en *Obras Completas*, cit., Vol. I.



parece derrumbarse<sup>15</sup>. La mayoría de los personajes que Ledesma dibuja se constituyen en trasuntos del propio autor que una y otra vez chocan contra una realidad que se le presenta deficitaria y necesitada de regeneración. El protagonista incesante y quijotesca se enfrenta contra el mundo sintiéndose portador de grandes ideales que chocan una y otra vez contra una realidad impasible que se le impone. Sin embargo, los esfuerzos son inútiles y monótonamente los intentos del «hombre-Dios» que Ledesma levanta, acaban en el fracaso, en el vacío, y por tanto, en la muerte.

Precisamente, Ledesma desplegará en su novela *El sello de la muerte* de 1924 su asentimiento del dictamen nietzscheano sobre la época<sup>16</sup>. La obra, como acertadamente indica Gallego que sigue de cerca a Sobejano, es un programa de actuación – que en el futuro tomará su deriva política. Lo es, precisamente, en la medida en que es Nietzsche quien está detrás de toda su escritura<sup>17</sup>. No sólo por el subtítulo, que antes reseñábamos, sino también por el *motto* que acompaña a la dedicatoria a Miguel de Unamuno y a la de Fernando de Rojas:

«Amo a los grandes desdeñosos, porque son los grandes adoradores, las fechas del anhelo del más allá. Llena está la tierra de individuos a quienes hay que predicar que desaparezcan de la vida. La tierra está llena de superfluos y lo que están de más perjudican a la vida. ¡Qué con el señuelo de la eterna se los lleven de ésta»<sup>18</sup>.

El protagonista de esta novela es Antonio de Castro, un joven vitalista y entusiasta de Darwin, «inadaptado», que vive en «soledad mística», ante la muerte de su madre y su padre, en un «mundo desconocido, apocalíptico, roedor» que se ha convertido para él en constante lucha. La obra se construye anárquicamente sobre las memorias del personaje. En ella se relata la pérdida del padre, su enamoramiento platónico de su tía, el encuentro con la gran ciudad de Madrid, su sociedad y sus políticos, encarnados en Don Miguel de Velasco, un cacique local, propietario de un pequeño periódico, que sólo piensa en ascender en el poder y en la actriz Lolita Brimé, que finalmente acaba rechazándole y se suicida por medio de una sobredosis de morfina en los brazos del amante. Ante los persistentes fracasos sociales y amorosos, una

<sup>15</sup> Cfr. M. SIMANCAS - A. MORALEJA, *Nietzsche y otras influencias intelectuales en Ledesma Ramos*, en «Cuaderno Gris», 5/2001, pp. 247-264.

<sup>16</sup> A este tenor, Ferrán Gallego ha considerado que *El sello de la muerte* «es un texto apreciable por indicarnos cuál podía ser la influencia de una determinada manera de entender a Nietzsche por un estudiante español de clase media salido de un pueblo de provincias – aunque de una familia que no puede considerarse pobre ni carente de recursos culturales – y que busca afanosamente abrirse camino en un medio cuya mediocridad es, este respecto abrumadora» (F. GALLEGO, *Ramiro Ledesma*, cit., p. 37). A nuestro parecer, la interpretación que Ledesma lleve a cabo sobre Nietzsche corresponderá con la que gran parte de su generación está haciendo a partir de la recepción del filósofo alemán no sólo en la provinciana España, llámese Madrid o Murcia, sino en toda Europa.

<sup>17</sup> F. GALLEGO, *Ramiro Ledesma*, cit., p. 37; G. SOBEJANO, *Nietzsche en España*, cit., p. 654.

<sup>18</sup> R. LEDESMA RAMOS, *El sello de la muerte*, cit., p. 57.

vez más, el protagonista de la obra acaba suicidándose en consonancia con una frase sublime de Nietzsche, «el maestro de filósofos»: «Amo al que quiere crear algo superior a él y sucumbe»<sup>19</sup>. Realmente, la introducción al relato es una declaración de intenciones por parte de Ledesma. «Yo no soy feliz»<sup>20</sup>, nos advierte nada más abrir las primeras páginas de la obra. El protagonista, y el mismo autor, quieren serlo pero no pueden. La realidad se les presenta como pura decadencia, ante la que se muestra(n) «impotente(s)». El mundo está regido, a su parecer, por la moral burguesa que ha homogeneizado y convertido en rebaño a la mayoría de los hombres. Antonio de Castro reniega de la ciudad y todo lo que ella significa. Sobre ella, incesantemente buscará imponer su voluntad, sus ideales. Sólo en la más alta cultura podía salvarse de aquella realidad que le atormentaba. «No tenía otra ilusión»<sup>21</sup>. Contra ese mundo gregario, De Castro se envuelve en un palacio de papel construido en torno a la lectura de numerosos autores, entre los que Nietzsche se revelará como «el filósofo del siglo»<sup>22</sup>. La resonancia de la crítica voz del alemán aquí es fundamental. «El hombre es algo que debe ser superado», secunda el protagonista. Para Ledesma, el hombre no puede dejarse caer por el sensualismo, que para De Castro representa su tía Mercedes, y más tarde la actriz Brimé. A toda costa el nuevo hombre debe perseguir los más altos valores que transformen la sociedad. Primero, lo intentará a través del periódico, que pronto considerará un trabajo burgués, propio de una sociedad en donde gobierna el positivismo, que convierte a la sociedad en grey mediante la industria y el trabajo en serie. El periodismo lo pondrá en contacto directo con el mundo de la política, encarnado en la figura de don Miguel Velasco, un cacique local, que a fuerza de tejemanejes espera ocupar un alto puesto cerca de algún ministro. El político ejemplificará aquella España oficial de la Restauración de la que habló Ortega. Además, don Miguel, conforma junto a Félix, descrito como trabajador y rutinario, antiguo compañero de clase de Antonio y futuro ingeniero industrial, la antítesis de Antonio de Casto. De hecho, a lo largo de la novela Velasco insinúa a Castro:

«Tienes que desechar de tu imaginación todo lo que no sea positivismo y truhanería, si no sucumbirás entre las garras de la vida; está ya suficientemente demostrado que este mundo no es asequible a los buenos, a los románticos»<sup>23</sup>.

Frente al positivismo y al tradicionalismo, que embargan la sociedad española de los años veinte, el discípulo de Ortega proclamará la necesidad de una cultura de grandes ideales que engarce con la Vida. Sólo desde Nietzsche

<sup>19</sup> *Ivi*, p. 204.

<sup>20</sup> *Ivi*, p. 61.

<sup>21</sup> *Ivi*, p. 77.

<sup>22</sup> *Ivi*, p. 118.

<sup>23</sup> *Ivi*, p. 172.



era posible, para el totalitario, romper el nihilismo que invadía la atmósfera social del país, si no, no cabía otra cosa más que el desesperado y romántico suicidio. De esta manera, concluye Ledesma su caótica novela:

«Si sobre Antonio de Castro no hubiera descendido esa influencia nietzscheana de la energía, se habría suicidado en el momento en que una de sus primeras desgracias o errores proyectaron sobre él las sombras del desconcierto»<sup>24</sup>.

Ledesma acepta en sus primeros textos el diagnóstico nietzscheano de la época para vivir en un mundo nihilista, que no soporta, y ante el cual no le queda más salida que la tragedia. De la mano de Ortega y su Razón vital, Ledesma encontrará la metodología necesaria para superar su “circunstancia” vital y la social, que le permitan salvarse. Pero su análisis de los movimientos del siglo XX, le llevará a desarrollos extremistas del «sobre-hombre» nietzscheano. A nuestro modo de ver, por tanto, no hay líneas de ruptura entre las tres fases de evolución del fundador de la JONS aventuradas previamente, sino una continuidad nítida establecida entre la primera etapa juvenil de Ledesma Ramos, como hemos visto, y la última fascista y totalitaria<sup>25</sup>. El recorrido trazaría un puente desde su encuentro y formación en las filosofías de la vida de Nietzsche y Ortega principalmente, discurriendo más tarde desde el neokantismo hasta la fenomenología existencial comunitarista de Heidegger, pasando por las grandes filosofías del Sistema y lo Absoluto de Fichte y Hegel, y que detonaría estruendosamente en los años 30 con el encuentro con el pensamiento de lo irracional de Giménez Caballero y Unamuno y la recepción de los teóricos de los movimientos totalitarios de masas y de la violencia sindical como Sorel.

#### *El encuentro con Ortega y Gasset: A la vertebración de España*

Después de hacer las oposiciones a Correos, que le darían cierta estabilidad económica, el joven Ramiro Ledesma se matricularía en el año 1926 en la Facultad de Ciencias y en la de Filosofía de la Universidad Central de Madrid<sup>26</sup>, donde tendría contacto con una de las mejores facultades de Filosofía de toda la historia intelectual española con una nomina profesores entre la que se encontraban: José Ortega y Gasset, Julián Besteiro, Xavier Zubiri, Manuel García Morente, Manuel B. Cossío y Fernando de los Ríos entre otros. Todos ellos dejaron su impronta en joven Ledesma como bien relató en

<sup>24</sup> Ivi, p. 224.

<sup>25</sup> Sobre las influencias intelectuales de Ledesma remitimos a: J.M. SÁNCHEZ DIANA, *Ramiro Ledesma Ramos: biografía política*, Madrid 197, cap. II; J. CUADRADO COSTA, *Ramiro Ledesma Ramos. Un romanticismo de acero*, Barcelona 2006, cap. 1.

<sup>26</sup> T. BORRÁS, *Ramiro Ledesma Ramos*, cit., pp. 48-49. Para otros detalles sobre la vida de Ledesma: J.M. SÁNCHEZ DIANA, *Ramiro Ledesma Ramos*, cit.; M. MORENO, *El Nacional Sindicalismo de Ramiro Ledesma Ramos*, Madrid 1993.

una nota en «La Gaceta Literaria» del año 30<sup>27</sup>, y en las loas que hizo a los krausistas españoles en reiteradas ocasiones<sup>28</sup>. Sin embargo, sería por Ortega por quien sentiría más predilección, de modo que se convirtió en «uno de sus más asiduos discípulos y seguidores»<sup>29</sup>. De hecho, pronto sería invitado a colaborar en «Revista de Occidente»<sup>30</sup>. El desarrollo de la Razón vital que Ortega llevaría a cabo durante estos años (1923-1930) sirvió de puente a Ledesma para enlazar sus jóvenes preocupaciones estéticas de carácter nietzscheano, con las inquietudes filosóficas que el maestro le despertaba<sup>31</sup>. Ortega se le reveló como una solución a sus desvelos y a su circunstancia – a la de toda su generación. Ortega sería para Ledesma el «Sistema» desde donde era posible encontrar una salvación<sup>32</sup>. El fascista aceptará los diagnósticos que Ortega había extraído de la realidad española y de la crisis de la cultura occidental para proyectar una solución que pasará por el Estado total bajo la fuerza de movilización del mito de lo nacional.

Para Ledesma el fracaso de la Restauración se debía fundamentalmente a que no se había sabido «producir un ideal nacional nuevo»<sup>33</sup>, porque no se había sabido extraer de su seno «energías verdaderas» para «vigorizar» aquel recipiente vacío. En suma, España se había quedado sin pulso. En este contexto, Ortega, para toda una generación, se presentó como la oportunidad para conectar con las corrientes vitales que yacían en la petrificada España de los años 30. En fondo la generación que saltaba con Ledesma al ruedo público pretenderá recuperar cada uno a su manera el proyecto de «salvación» y «nacionalización» que Ortega inició con sus *Meditaciones del Quijote* y su *Vieja y nueva política* en 1914. Ledesma creará encontrarlo en Italia y Alemania.

Precisamente, Ortega había puesto España a la altura de su tiempo al haber realizado una lectura europea de su historia. Ahora, España era el problema y Europa la salvación. Con todo, Ortega que había salido al

<sup>27</sup> R. LEDESMA RAMOS, *Filosofía 1930*, en «La Gaceta Literaria», nº 97, 1 de enero de 1931, pp. 16-17, en *Obras Completas*, Barcelona 2004, Vol. II, pp. 162-167.

<sup>28</sup> Para Ledesma, Sanz del Río «era el primer auténtico filósofo que ha tenido España». A su parecer, «Los krausistas españoles, tiene valor, no por krausistas, sino por filósofos». Lo de menos, para Ledesma era el sistema que tenían de instrumento: el krausismo, sino como lo utilizaron, en tanto fue el primer acercamiento de España a Europa. Cfr. R. LEDESMA RAMOS, *Actualidad. Filosofía. Ciencia. El pedagogo Cossío*, en «La Gaceta Literaria», nº 55, 1 de mayo de 1929, p. 2, en *Obras Completas*, cit., Vol. II, pp. 80-82.

<sup>29</sup> E. AGUADO, *Ramiro Ledesma en la crisis de España*, Madrid 1942, p. 50.

<sup>30</sup> Cfr. E. LÓPEZ CAMPILLO, *La Revista de Occidente y la formación de minorías. (1923-1936)*, Madrid 1972.

<sup>31</sup> T. BORRÁS, *Ramiro Ledesma Ramos*, cit., pp. 129 ss.

<sup>32</sup> Cfr. G. BETTIN, *Ortega y Gasset: fascismo e società di massa*, en L. CAVALLI (ed), *Il Fascismo nell'analisi sociologica*, Bologna 1975; L. CASALI, *Società di massa*, cit., pp. 54-64; I. SAZ, *España contra España. Los nacionalismo franquistas*, Madrid 2003; M. SIMANCAS - A. MORALEJA, *Nietzsche y otras*, cit., pp. 253 ss.

<sup>33</sup> R. LEDESMA RAMOS, *Discurso a las juventudes de España*, en *Obras Completas*, cit., Vol. IV, p. 28.





encuentro de una posibilidad de salvación para España, acabó descubriendo las raíces de una crisis europea de mayor profundidad. En este espacio, la rebelión de las masas se desplegará como el diagnóstico orteguiano de una época, la suya. Por un lado, el filósofo intentará salvarlo planteando la necesidad de la emergencia de una minoría rectora capaz de organizar un partido de masas que aunará Vida y Cultura en un proyecto de convivencia nacional que sea capaz de sortear la lucha de clases. Por el otro, Ledesma asumirá los grandes fenómenos de masas de Rusia, Italia o Alemania como paradigma de su tiempo y acometerá la tarea de creación de un partido de masas moderno, movido por los nacientes medios de propaganda y dirigido a la toma violenta del poder del Estado, desde el cual cumplir «los destinos históricos» de la nación<sup>34</sup>.

En 1921, Ortega publicó *España invertebrada*, en donde volvió sobre la necesidad de acometer la tarea de un proceso de nacionalización ante una España que sufría un «proceso de disolución». Se trató de presentar un proyecto de organización nacional que tenía por centro a Castilla como aglutinante de todas y cada una de las partes de la nación española en la medida que era la única capaz de construir «un proyecto sugestivo de vida en común» tal y como había ocurrido en el pasado. El problema de la Restauración era, según Ortega, que Castilla llevaba siglos sin acometer grandes empresas, se había limitado en conservar el pasado y en abortar todo proceso de innovación, perdiendo la relación con las otras regiones y abandonándolas a sí mismas<sup>35</sup>. Además, la nación se había disuelto en las diversas luchas entre clases o en el «imperio de las masas». Para Ortega toda posibilidad pasaba ahora por la acción directora y socializadora de las elites intelectuales y políticas que debían contribuir a un proyecto de regeneración nacional. Si se hablaba de Castilla era en la medida en que poseía un «talento nacionalizador» que para Ortega la historia española había demostrado<sup>36</sup>.

La llegada, casi inevitable, de la Dictadura de Primo de Rivera en 1922 cortarían el proyecto intelectual y político de Ortega, que pronto tomaría posición contra el nuevo régimen<sup>37</sup>. Sin embargo, a través de la problemática de la vida y su relación con la Cultura, Ortega influenciado por Simmel<sup>38</sup>,

<sup>34</sup> L. CASALI, *Società di massa*, cit., pp. 148-153.

<sup>35</sup> J. ORTEGA Y GASSET, *España Invertebrada. Bosquejo de algunos pensamientos históricos* (1921), Madrid 2002, p. 132.

<sup>36</sup> En opinión de Elorza, el protagonismo asignado a Castilla encuentra antecedentes precisos en los trabajos de Ramón Menéndez Pidal y del Centro de Estudios Históricos, así como en el regeneracionismo de Joaquín Costa. Cfr. A. ELORZA, *La razón y la sombra: una lectura política de Ortega y Gasset*, Barcelona 1984, pp. 146-147.

<sup>37</sup> J. ORTEGA Y GASSET, *Sobre la vieja política*, in «El Sol», 27 de noviembre de 1923, en J. ORTEGA Y GASSET, *Obras Completas*, cit., tomo XI, pp. 26-31.

<sup>38</sup> J. ORTEGA Y GASSET, *El tema de nuestro tiempo* (1923), Madrid 2005, p. 88. Cfr. N. ORRINGER, *Ortega y sus fuentes germánicas*, Madrid 1979, pp. 293-315.

planteará la existencia de una crisis no sólo española, sino ya abiertamente europea. Precisamente, la *Razón vital* concebida en su obra: *El tema de nuestro tiempo*, acometerá la labor de volver a colocar la vida al mismo nivel que la razón, localizándola dentro de lo biológico y supeditándola a lo espontáneo. De este modo, cuando vea la luz, en 1930, su conocida *La rebelión de las masas*, el filósofo con pequeñas modificaciones seguirá considerando que sólo se podría despertar a la vida si se lograba que la cultura clásica europea dinamizara en los individuos. Ledesma aceptará plenamente el diagnóstico de la rebelión de las masas, pero frente al clasicismo liberal y aristocrático de Ortega, el zamorano opondrá un mito nacional, dictatorial y jerarquizado. A modo de ver de Ledesma, Ortega había acertado en el dictamen: por un lado, que la decadencia de España y la crisis cultural europea iban de la mano; por otro, la rebelión de las masas y los nuevos movimientos sociales marcaban el espíritu de los tiempos. De esta manera, Europa volvía a ser la locomotora de Occidente. Los grandes partidos de masas eran lo moderno. Alemania e Italia se lo confirmaban. Así, de lo que se trataba ahora era de dirigir a las fuerzas vivas sociales para que se orientasen en aquella dirección bajo el poder de movilización de un mito hispano.

A la altura del año 1931, la distancia que existirá entre Ortega y Ledesma será insalvable. A pesar de seguir reconociéndolo como su «gran maestro de Filosofía», en una reseña aparecida en «La Conquista del Estado» con motivo de la edición de *La redención de las provincias* de Ortega, Ledesma achacará al “maestro” precisamente que «no ha conseguido desprenderse en política del viejo concepto de Estado»<sup>39</sup>. A su modo de ver, el diagnóstico orteguiano sobre la vieja Constitución canovista era el adecuado, a la par que el análisis sobre el proceso de descomposición interna del sistema por el proceso de «osmosis» y «endósmosis» entre el poder central y el caciquismo provincial. No obstante, para Ledesma, Ortega se movía todavía en un orden de ideas roussonianas o emergidas de la Revolución francesa, para las cuales el Estado era un instrumento a favor de la nación o del pueblo, que no estaba dispuesto a aceptar. No había comprendido que con la Gran Guerra y la Revolución rusa, todo el sistema político burgués había cambiado o se había venido abajo. El Estado había dejado, en su opinión, de ser un simple instrumento de la nación, para derivar en el órgano director del pueblo. «El Estado es más bien la base misma del pueblo, se identifica con el pueblo, y no es un mero auxiliar del pueblo para realizar sus hazañas históricas»<sup>40</sup>. Al contrario, era el Estado quien debía regir los destinos históricos de los pueblos. Ledesma, en última

<sup>39</sup> R. LEDESMA RAMOS, *Sobre un libro político de Ortega*, en «La Conquista del Estado», 2 de mayo de 1931, p. 3, en *Obras Completas*, cit., Vol. III, pp. 141-142.

<sup>40</sup> *Ibí*, p. 142.



instancia, achacaba a Ortega que no se atrevía a cruzar las puertas que los nuevos tiempos abrían y que seguía, por tanto, anclado en una concepción del estado liberal propia del siglo XIX. La cuestión fundamental para Ledesma, era que ahora sólo podía llevarse a cabo «un proyecto de grandes realizaciones históricas», como Ortega exigía si quien ejercía el Poder público lo acometía de manera totalitaria. Por ello, Ledesma le espetará a Ortega que frente al Estado liberal burgués de un Bentham, «triunfa hoy el nuevo Estado, cuyo precursor ideológico más pulcro es Hegel»<sup>41</sup>.

### *Nacionalismo e Imperio: Unamuno en el horizonte*

De la mano de Ortega – propia y mediada –, Ledesma se dotaría de las categorías filosóficas y políticas adecuadas para analizar la actitud de la juventud española frente a las nuevas circunstancias sociales y culturales que la década de los 30 depararía<sup>42</sup>. Sin embargo, junto a la influencia del maestro madrileño, como hemos atisbado arriba, se encuentran también presentes en la obra del joven exaltado los ecos del otro importante maestro de generación, el Rector de la Universidad de Salamanca, Miguel de Unamuno, cuya aparente irracionalidad y personal nacionalismo Ledesma admiraba sinceramente<sup>43</sup>. Unamuno será el puente que permita enlazar al mismo tiempo el irracionalismo nietzscheano, vigente en sus escritos literarios, con la preocupación por lo nacional, que Ortega venía esbozando desde 1914. No resulta extraño, entonces, que cuando se dedique a dar el salto a la vida política activa (y combativa) con la edición del primer número de «La Conquista del Estado» el 14 de marzo de 1931, envíe una corta pero explícita misiva al rector salmantino para informarle sobre «la entrada en la vida civil de España»<sup>44</sup> del grupo derechista. Ledesma, incluso, llega a contemplar, sin género de dudas, que Unamuno aceptaría la colaboración en el recién creado periódico, por cuya empresa, pensaba el joven totalitario, manifestaría el vasco animada simpatía.

Ledesma reivindicará desde principios del año 30, desde las páginas de «La Gaceta Literaria», el carácter positivo del irracionalismo de Unamuno y reseñará su proximidad temática a Nietzsche. Ambos constituirán «dos desmontadores de la filosofía. Hombres geniales, si se quiere, pero que

<sup>41</sup> Ivi. Cfr. J. CUADRADO COSTA, *Ramiro Ledesma Ramos, un romanticismo de acero*, Barcelona 2006, pp. 25 ss.

<sup>42</sup> Cfr. R. LEDESMA RAMOS, *Discurso a las juventudes de España*, en *Obras Completas*, cit., Vol. IV, pp. 13-131.

<sup>43</sup> P. AUBERT, «La «guerra civil» de Miguel de Unamuno», en «Circunstancia», 9/2009.

<sup>44</sup> R. LEDESMA RAMOS, *Nota, sin fechar, enviada a Miguel de Unamuno y Jugo*, en *Obras Completas*, cit., Vol. IV, p. 512. Debió ser redactada en febrero o marzo de 1931. Arch. Universidad de Salamanca.

realizan una labor subversiva y profundamente perturbadora»<sup>45</sup>. A su parecer, el alemán conocía mejor la tradición filosófica y sus problemas, pero Unamuno había conseguido dotar a sus trabajos de una profundidad religiosa que le permitía alzarse sobre los resultados propiamente filosóficos. En este sentido, enlazará a Unamuno con Nietzsche en tanto superadores de la crisis que la Filosofía había padecido durante el siglo XIX. Para el joven exaltado, las dos mayores corrientes filosóficas de ese período fueron el espiritualismo y el positivismo. Ledesma adscribe dentro del primer movimiento al rector de Salamanca y al conocido pensador alemán. Mientras que para el positivismo, aceptará el diagnóstico orteguiano de *El tema de nuestro tiempo*. El positivismo había petrificado la vida, entendida como realidad radical. En tanto no había desarrollado las categorías necesarias para conceptualizarla primero y vigorizarla después. Para Ledesma, el positivismo «ofreciéndonos un saber verídico, se torna así en engaño, falacia enmascarada con la que cubrimos aquella existencia categorial»<sup>46</sup>. Frente a Comte, la tarea de Unamuno ha consistido en reivindicar, a su modo, la vida como elemento esencial. Dice Ledesma: «La vida individual es, para Unamuno, la justificación central del ser. No le interesa sino el hombre que tras de ellas late, agonizando en pánicos tremendos»<sup>47</sup>. De esta manera, el futuro jonsista aceptaba, en primer lugar la crítica del vasco al cientificismo y al fanatismo de la razón y en segundo lugar la tesis unamuniana que interpretaba la vida humana como existencia trágica<sup>48</sup>. El propio Unamuno en el ensayo *Verdad y vida*, de 1908, manifestaba su consabido antipositivismo. De hecho, distinguiendo entre verdades muertas y aquellas que redundan en el incremento de la vida, había indicado que: «buscar la vida en la verdad es, pues, buscar en el culto de ésta ennoblecer y elevar nuestra vida espiritual y no convertir la verdad, que es, y debe ser siempre viva, en un dogma, que suele ser una cosa muerta»<sup>49</sup>.

A su modo de ver, el Rector de la Universidad de Salamanca compaginaba pues poesía y metafísica. En su obra se clamaba por la necesidad de armonizar poesía y filosofía, vida y razón. En palabras del propio Unamuno: «La filosofía se acuesta más a la poesía que no a la ciencia»<sup>50</sup>. En cierto modo, cómo subraya Ledesma, el vasco no está discurriendo por caminos muy alejados de los de Heidegger<sup>51</sup>. Se trataba de poner al frente de las grandes vivencias

<sup>45</sup> R. LEDESMA RAMOS, *Unamuno y la filosofía*, in «La Gaceta Literaria», 15 de marzo de 1930, p. 6, en *Obras Completas*, cit., Vol. II, pp. 129-134.

<sup>46</sup> *Ivi*, p. 131.

<sup>47</sup> *Ivi*, p. 132.

<sup>48</sup> P. CEREZO, *Las máscaras de lo trágico. Filosofía y tragedia en Miguel de Unamuno*, Madrid 1996, pp. 373 ss.

<sup>49</sup> M. DE UNAMUNO, *Obras Completas*, Madrid 1966, vol. III, p. 267.

<sup>50</sup> M. DE UNAMUNO, *Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos*, Madrid 1985, p. 27.

<sup>51</sup> R. LEDESMA RAMOS, *Unamuno y la filosofía*, en *Obras Completas*, cit., Vol. I, p. 133.



metafísicas la actividad poética, en la medida que el poeta será quién posea la capacidad de renombrar el mundo, y por tanto de recrearlo<sup>52</sup>. Para el autor vasco, la literatura, el arte y la poesía constituirán un ámbito que se definirá fundamentalmente por ser productor de ficciones<sup>53</sup>. Algo que Nietzsche ya había señalado en su conocido texto *Sobre verdad y mentira en sentido extramoral* de 1873.

En opinión de Ledesma, la vitalidad nacional se encontraba petrificada porque no había sido activada correctamente. Los intelectuales no habían sabido proporcionar las energías necesarias para congregarse a todo el pueblo español a una tarea conjunta de nacionalización. Hacen falta, dirá Ledesma, poetas-filósofos cuya voz renombre y recree una realidad que manifieste el auténtico ser de las cosas y de los pueblos. Esta será la tarea que Ledesma encomendará a Unamuno, como hacía patente la carta informativa a raíz de la salida del primer número del panfleto político. La labor del vasco consistía en rescatar el mito de la Hispanidad, para construir un proceso de regeneración nacional que estuviera a la altura de los tiempos. A su parecer, ya en 1908, Unamuno había soñado tareas imperiales para el pueblo hispano, cuando proyectó contra la Restauración una cruzada para rescatar el sepulcro de Don Quijote. Posteriormente en la obra de 1912, frente al positivismo y al idealismo vigente en Europa, frente a la ciencia moderna, el vasco pronunciará su famoso: «¡Qué inventen ellos!». España no podía ser positivista. Al contrario, recogía dentro de sí los últimos restos de vitalidad. Era necesario volver al Quijote, la gran manifestación espiritualista española, para desde la fertilidad del gran mito hispano, fecundar el presente. Ledesma se empeñará en leer estas líneas en clave nacionalista, como si atendieran a una exaltación del espíritu nacional en línea con los acontecimientos históricos que recorrían Europa: «las esencias de la Roma imperial» en Italia, la «Germania hitleriana» o la «Rusia loca y triunfadora»<sup>54</sup>. Sin embargo, Unamuno se había desmarcado de Europa, para poner el ojo en lo propio, en el elemento diferenciador específicamente español. En la nota a la obra del pensador vasco aparecida en «La Conquista del Estado», precisamente Ledesma remarcaba que:

«El espíritu ascético, hispano, de eficacia luchadora y activa, que brota de la pluma de Unamuno, es el mismo que hoy en Europa sostiene el entusiasmo de cientos de miles de hombres, armas en mano frente a los viejos tópicos y las viejas ineptias. Es el espíritu que nosotros quisiéramos ver triunfante aquí»<sup>55</sup>.

<sup>52</sup> Cfr. A. PÉREZ PINTO, *La creación por la palabra*, en C. FLOREZ MIGUEL (ed), *Tu mano es mi destino.*, Salamanca 2000, pp. 389-394.

<sup>53</sup> *Ivi*, p. 390.

<sup>54</sup> R. LEDESMA RAMOS, *Grandezas de Unamuno*, cit., pp. 36-37.

<sup>55</sup> *Ivi*, p. 37.

En el fondo, lo que el discípulo de Ortega quería entrever en Unamuno, era un ideario nacional que poseyera la firmeza suficiente para dotar de alma nacional al instrumento estatal vacío heredado de la Restauración. Para Ledesma, Unamuno había descubierto que la vida, que latía por debajo del sistema en crisis, yacía en la lengua española y en su pensamiento. Así, al mismo tiempo que a Ledesma le servía de puente con sus preocupaciones vitalistas juveniles, le permitía lanzar sobre el presente un mito político con capacidad para estructurar un movimiento de masas acordes con los tiempos. Esa podía ser, a su modo de ver, la «Grandeza de Unamuno». El vasco había atisbado los caudales de vitalidad que discurren bajo los instrumentos políticos del positivismo liberal y los había reconocido como elemento espiritual propio de la cultura castellana y, por ende, española. Pero en verdad, Ledesma no captaba lo lejano que estaba su pensamiento imperial del impoliticismo del Rector de la Universidad de Salamanca. Cuando Unamuno recupere, bajo la estela de Menéndez Pelayo, el estudio de la tradición heterodoxa hispana, hable de intra-historia y planteé una determinada idea de comunidad nacional, no lo hará para fijar un proyecto imperial al uso<sup>56</sup>. Al contrario, ese espectro de la infra-historia, no necesitará reformarse porque estaba bien vivo, delirando silenciosa e íntimamente, más allá de las apuestas históricas por los días gloria de España, propias de la Restauración, de la Dictadura de Primo de Rivera o del propio Ledesma.

#### *Espíritu de Vanguardia y Fascismo español*

Sin ninguna duda, para la joven generación de exaltados (literatos), tanto de izquierdas como de derechas, que miraban fascinados el acontecer de los destinos políticos de Alemania, Rusia e Italia, la revolución y el totalitarismo eran la manifestación última del espíritu de los nuevos tiempos. No creían ni en el liberalismo, ni en la democracia, menos aún creerán en la II República. Para toda aquella generación, la revolución, de un género u de otro, estaba a la vuelta de la esquina. Algo que ha conducido a Andrés Trapiello a afirmar delicadamente que los escritores españoles de aquellos años trágicos fueron, en cierta medida, reflejo de lo que el país era<sup>57</sup>.

En este contexto, Ernesto Giménez Caballero, *Gecé*, fundaría en 1927 la vanguardista revista «La Gaceta Literaria», donde Ledesma Ramos colaboraría profusamente y que recogería «los elementos más detonantes de las nuevas manifestaciones artísticas»<sup>58</sup>. Fue, como se ha escrito mil veces, la revista de la

<sup>56</sup> Cfr. J.L. VILLACAÑAS BERLANGA, *Menéndez Pelayo en la crisis de la Restauración: Aproximaciones al estudio de su recepción*, en «Analecta Malacitana», 2/2001, pp. 331-352.

<sup>57</sup> A. TRAPIELLO. *Las armas y las letras. Literatura y guerra civil (1936-1939)*, Barcelona 2010, p. 39.

<sup>58</sup> E. SELVA, *Ernesto Giménez Caballero. Entre la vanguardia y el fascismo*, Valencia 2000, p. 81.



generación de 27, pero también la del 98, y naturalmente la del 14. Como dice Trapiello, a pesar de su giro posterior, en su momento, fue «la revista de todos»<sup>59</sup>. En 1928 realizará un viaje por Europa, en donde impartirá dieciséis conferencias por diversas universidades que marcará la deriva ideológica y política de Giménez Caballero. El resultado literario del itinerario lo irá publicando en las páginas de «La Gaceta», bajo el epígrafe «12.302 kms. de literatura». Lo más significativo de este viaje es la atracción irresistible que el fascismo causó en el literato. En Italia, entraría en contacto con los ministros de Mussolini, Gentile y Bontai. Entablando amistad con los escritores fascistas Malaparte, Marinetti, y Boselli entre otros. En Roma, también establece relación con el futuro falangista Sánchez Mazas y con García Conde, con los que discutió «la confrontación España-Italia en su solución fascista de la nueva política»<sup>60</sup>. En *Circuito imperial* describió el fuerte impacto que la Roma fascista le había causado. El ambiente romano ejercerá sin duda de punto de inflexión en su trayectoria literario y política<sup>61</sup>. La Italia fascista se le presentaba como el reverso a la dictadura de Primo de Rivera. En el conocido texto de principios de 1929, *Carta de un compañero de la joven España*, que estaba destinado a servir de prólogo a la obra de Curzio Malaparte, *En torno al casticismo de Italia*, el director de «La Gaceta Literaria» subrayaba la distinción que a su modo de ver existía entre ambos sistemas:

«La situación es más defensiva que ofensiva, de policía severa más que de irrespetuosos condottieros, de aventureros terribles, de infanzones arriscados, de generales más que de capitanes, si acaso de un solo capitán»<sup>62</sup>.

En última estancia, para Giménez Caballero, España todavía vivía anclada en liberalismo decimonónico sin vitalidad para construir un proyecto de regeneración nacional como Ortega había solicitado. En Italia, en cambio el movimiento fascista de la mano literaria de un Malaparte o un Marinetti por un lado, y de la mano política de Mussolini, por otro, había acometido «una tarea auténticamente revolucionaria» de búsqueda de la grandeza nacional e imperial perdida. De este modo, Giménez Caballero tomaba de Marinetti el carácter vitalista, revolucionario y futurista del movimiento<sup>63</sup>. Italia podía ser

<sup>59</sup> A. TRAPIELLO, *Las armas y las letras*, cit., p. 37.

<sup>60</sup> E. GIMÉNEZ CABALLERO, *Circuito Imperial*, Madrid 1929, p. 51.

<sup>61</sup> E. SELVA, *Ernesto Giménez Caballero*, cit., p. 107.

<sup>62</sup> E. GIMÉNEZ CABALLERO, *Carta a un compañero de la joven España*, en C. MALAPARTE, *En torno al casticismo de Italia*, Madrid 1929, p. XI.

<sup>63</sup> Las coincidencias entre futurismo y fascismo han sido ampliamente estudiadas. Por su parte, reseñar que Marinetti participó en numerosos actos fascistas y colaboró en la consolidación del movimiento. Su entusiasmo por el Duce le lleva a ver en Mussolini al deseado «interprete» de la patria, al «condottiero» invicto. No obstante, en 1920, las diferencias de opinión llevan a Marinetti y a algunos otros correligionarios a salirse de los Fasci di Combattimento, si bien en 1923/24 vuelven a ingresar. La publicación de *Futurismo e Fascismo* (1924), volumen que recoge escritos de carácter político, es la concreción de ese retorno. Cfr. R. HUMPRHERYS, *Futurismo*, Madrid 2000.

un espejo en el que España se mirase. Frente al tradicionalismo hispano, el pensamiento del italiano representaba la aceptación de los nuevos tiempos: la fascinación de la ciudad, la velocidad de la técnica contemporánea, el espectáculo de las masas<sup>64</sup>.

En opinión de Giménez Caballero, Italia había llegado a convertirse en uno de los países más poderosos de Europa gracias a una política original, futurista, es decir, fascista. Había acometido una tarea de organización nacional con pretensiones imperiales futuras de éxito. Acompañada de Marinetti, esta generación encontraba en el fascismo italiano la posibilidad de intervención en la vida política española. El fascismo se presentará para estos jóvenes intelectuales como la posibilidad de «organización de la decencia nacional». En ellos, la influencia del victorioso fascismo italiano se combinará con elementos de la cultura nacional, como será el caso de algunos jóvenes partidarios de Ortega (*Gecé*, Ledesma, José Antonio Primo de Rivera, etc.). De hecho, la unión de vanguardismo y fascismo es manifiesta en la obra de Giménez Caballero de 1928, *Hércules jugando a los dados*<sup>65</sup>. En el ensayo, el autor realizará una exaltación vanguardista del deporte. En primer lugar, nos propondrá una clasificación “científica” de los juegos que plantea una estética del músculo y la energía, como valores que deben poseer las juventudes actuales. El deporte como exaltación vital se revela como la posibilidad de la renovación de hombre. Manifiesta la lucha cuerpo a cuerpo en competición por la victoria y por la vida. El darwinismo social, como se observa claramente, también está detrás de todo este discurso. La fuerza y la vida, que se exigen a los jóvenes, se presentan como el músculo que mueve y en el que se asienta la inanimada máquina estatal. La vitalidad entendida como elemento de cambio social, la velocidad (técnicamente mediada) cómo símbolo de los tiempos, la violencia como fuerza regeneradora, y la juventud como mito movilizador se constituyen en última instancia como los elementos, que allegados de la vanguardia futurista italiana, en contacto con el nacionalismo regenerador de los Ortega, Unamuno, Costa, etc., darán forma a las premisas ideológicas de lo que se ha denominado fascismo español, tal y como reflejará el manifiesto fundador de las JONS de Ramiro Ledesma.

En cierto modo, Giménez Caballero representó para Ledesma el contacto directo con la circunstancia europea. Ortega había dicho que España sólo se podía salvar si se iluminaba mediante el candil europeo, sin embargo no señaló cuál debía ser el aceite que insuflara aquellas luminarias. A ojos de Ledesma, el pensamiento de *Gecé* se revelaba ahora como la posibilidad de intervención en la vida española. Había que interpretar los movimientos

<sup>64</sup> E. SELVA, *Ernesto Giménez Caballero*, cit., p. 114.

<sup>65</sup> E. GIMÉNEZ CABALLERO, *Hércules jugando a los dados*, Madrid 1928.





totalitarios de masas como el espíritu de los tiempos, pero había que pasarlos por el filtro de lo nacional, de lo propiamente español. Por eso, Ledesma no se declaró “fascista” ante los sucesos acaecidos en el Pombo. A su modo de ver, el fascismo era un movimiento propiamente italiano, en cambio su manifestación descubría que la época recorría los cauces del totalitarismo: vitalidad, fuerza, músculos, maquinismo, juventud, mesianismo, violencia, etc. En este sentido, Giménez Caballero y «La Gaceta Literaria» se convirtieron en el elemento definitivo para superar el liberalismo orteguiano, pues como veíamos al principio donde su querido maestro habló de rebelión de las masas, el exaltado discípulo concretaría la dirección jerárquica de las mismas para impulsar la vitalización de la nación<sup>66</sup>.

Con la llegada de la II República, Ledesma dedicará sus esfuerzos a la creación de un movimiento de masas activo con la edición del panfleto *La Conquista del Estado*, que tomará su nombre del periódico homónimo de Curzio Malaparte, por sugerencia de Gecé<sup>67</sup>. Por su parte Giménez Caballero emplearía su tiempo en la publicación mensual de su empresa en solitario: «El Robinsón literario de España»<sup>68</sup>. Para concluir, es necesario aseverar, como conveniente ha destacado Enrique Selva, que la génesis de *La Conquista del Estado* es inexplicable sin «La Gaceta Literaria», como la evolución de Ledesma lo es sin Gecé. Sin embargo, cuesta creer que la marcha posterior tradicionalista de Giménez Caballero fuera aceptada por Ledesma. Más difícil resulta de aceptar aún la aseveración de Gecé, sobre el posible beneplácito del joven fascista a la unificación de *Falange de la JONS* con el Tradicionalismo que hizo Franco en el 37<sup>69</sup>.

#### *La apuesta por la acción directa*

En un lúcido comentario Sepp Gumbrecht ha caracterizado de manera excepcional el horizonte intelectual y político en el que nos movemos, en el que se movía Europa. Para el profesor de Stanford, la decisión por la acción directa constituía una parte fundamental y común a las filosofías políticas que iban desde el fascismo al anarquismo<sup>70</sup>. Todas proponían un triple

<sup>66</sup> I. Sanz ha llamado la atención sobre el hecho, aquí remarcado pero no compartido, de que «el brusco cambio producido en la trayectoria política y existencial de Ramiro Ledesma debe bastante más a la guía de Giménez Caballero que a sus anteriores experiencias literarias y filosóficas» (I. SAZ, *Tres acotaciones a propósito de los orígenes, desarrollo y crisis del fascismo español*, en «Revista de Estudios Políticos», 50/1986, p. 193).

<sup>67</sup> Según testimonio de Juan Aparicio en un entrevista, Madrid, 8 de marzo de 1986 en E. SELVA, *Ernesto Giménez Caballero*, cit., p. 161.

<sup>68</sup> Cfr. D.W. FOARD, *Ernesto Giménez Caballero (o la revolución del poeta). Estudio sobre el Nacionalismo Cultural Hispánico en el siglo XX*, Madrid 1975, pp. 176-177.

<sup>69</sup> Cfr. E. GIMÉNEZ CABALLERO, *Ledesma Ramos*, in «Razón española», 7/2004, p. 305.

<sup>70</sup> H.U. GUMBRECHT, *En 1926. Viviendo al borde del tiempo*, México 2004, p. 251.

convencimiento de que su mundo estaba atravesado por una «confusión temerosa», y que por tanto necesitaba retomar urgentemente un estado de orden, y que tal orden sólo podía surgir de la certeza específica de las intuiciones individuales. De tal modo, la cuestión determinante era entonces para todos los movimientos que abogaron por ella, adentrarse en la inmediatez de las grandes fuerzas vivas, que yacían inoperantes bajo el *logos* de la mediación moderna<sup>71</sup>. En opinión de estos particulares lectores de Nietzsche, la sociedad burguesa y sus diversas instituciones habían aletargado los restos de energía de las masas, y en general, de la misma Europa. La vida había quedado suspendida en la mediación. Atrapada por la Idea, restaba en retroceso, en *décadent*. De lo que se trataba ahora era de tocar la tecla justa que podía sacar a la luz los impulsos entumecidos bajo el dominio de los cuerpos parlamentarios y las instituciones. El mito nacional precisamente irrumpiría como la fuerza revolucionaria que evoca en bloque y por la pura intuición un conjunto de sentimientos capaces de orientar la acción directa contra la sociedad. Es más, el mito eliminaba toda mediación que acompañaba a la práctica política. Así lo comprendió Sorel, cuando proclamó la superioridad de la acción a la Idea en el mito de la Huelga General Proletaria<sup>72</sup>. Ésta no necesitaba ningún elemento mediador en la medida que era manifestación inmediata de los elementos vivos de la sociedad. Sin embargo, su violencia mítica no estaba destinada a emancipar ni a proyectar una comunidad diferente o nueva, sino simplemente a reconocer dos campos en lucha: lo mediado frente lo inmediato, la burguesía frente al proletariado, lo vivo frente a lo caduco, etc.

Así mismo, como se percató Gumbrecht, el mito interpelaba directamente a lo irracional que se encuentra en cada individuo, para afirmarlo. Entra en contacto con la vida en sí misma, que como tal, no necesitaba ser racionalizada ni conceptualizada. No preveía el futuro, porque el porvenir de la vida no se puede prever. En este sentido, Díaz Guerra en su ya clásico ensayo sobre el revolucionario francés, acertadamente subrayó que: «Toda la filosofía de Sorel es una filosofía de la vida, de la acción, de la lucha»<sup>73</sup>. Por ende, el sindicalista francés contemplaba el mito como el medio de actuar sobre el presente teniendo por herramienta la huelga general, un movimiento espontáneo e imprevisible destinado a romper el orden existente, pero que al carecer de proyecto de futuro y al estar libre de mediaciones, no fundaba un

<sup>71</sup> Cfr. C. GALLI, *Genealogia della politica. Carl Schmitt e la crisi del pensiero politico moderno*, Bologna 2010, caps. 1-3.

<sup>72</sup> Cfr. M. DÍAZ GUERRA, *El pensamiento social de Georges Sorel*, en «Revista de Estudios Políticos», 158/1968, pp. 143-168; G.L. GOISIS, *Sorel e il sorealiani*, Venecia 1983; J.I. LACASTA ZABALZA, *Georges Sorel en su tiempo (1847-1922): el conductor de herejías*, Madrid 1994; D. KERSFELL, *Georges Sorel: apóstol de la violencia*, Buenos Aires 2004.

<sup>73</sup> M. DÍAZ GUERRA, *El pensamiento social*, cit., p. 147.



orden nuevo. La huelga, como violencia, era pura inmediatez destructiva, no creadora, que escapaba de todo *logos discursivo*, entrando en una «región oscura» sobre la opacidad de una sociedad mediada<sup>74</sup>. Por ello, Schmitt admitió su fuerza constructora en los procesos históricos<sup>75</sup>.

Por su parte, Ledesma asumirá junto al diagnóstico nietzscheano del nihilismo, el dictamen soreliano sobre la violencia como principal táctica de acción política. Para el joven fascista, la violencia gozaba de un carácter extraindividual, trascendente, creador y libertador que le prestaba el ímpetu necesario para intervenir en la Historia:

«Somos revolucionarios en cuanto creemos en la eficacia de los procedimientos de violencia y sentimos la necesidad de su aplicación. Tenemos la doctrina de que si el Estado se desentiende de la salvación de los intereses morales y materiales de la Patria, es lícita la acción directa del pueblo para suplir la debilidad o la mala fe de los Gobiernos»<sup>76</sup>.

El «triumfo del nuevo Estado», tal y como reza el punto 17 del manifiesto fundacional de *La Conquista del Estado*, sólo podrá alcanzarse mediante «métodos de acción directa sobre el viejo Estado y los viejos grupos políticos sociales del viejo régimen»<sup>77</sup>. El mundo atravesaba, en su opinión, una fase revolucionaria, ante la que no cabía más que elegir el bando en el que se luchaba: el fascista o el comunista. De modo que el signo de la época marcaba la franca decadencia y la pérdida de eficacia de las instituciones liberales. Frente a ellas, los movimientos fascistas, dice Ledesma, habían sabido entroncar con los instintos vitales adormecidos de las masas. Es más, ya no cabía una salida republicana a la crisis de la Monarquía española. El tiempo histórico determinaba otra cosa. La aceleración del mismo sólo podría acometerla violentamente las masas, no los obsoletos parlamentos burgueses. Desde su punto de vista, la II República española venía a constituir la persistencia de las caducas formas de gobiernos liberales y sus «oligarquías irresponsables»<sup>78</sup>. Si bien, es verdad que se recibió su llegada con elogio y aplauso<sup>79</sup>, lo fue en la

<sup>74</sup> C. GALLI, *La genealogia della politica*, cit., p. 48.

<sup>75</sup> Cfr. C. SCHMITT, *Sobre el parlamentarismo* (1926), Madrid 1996.

<sup>76</sup> R. LEDESMA RAMOS, *Apuntes. La eficacia revolucionaria*, en «Libertad», Valladolid, 51, 30 de mayo de 1932, p. 8, en *Obras Completas*, cit., Vol. IV, p. 333.

<sup>77</sup> R. LEDESMA RAMOS, *Nuestro manifiesto político*, en «La Conquista del Estado», 1, 14 de marzo de 1931, p. 2., en *Obras Completas*, cit., Vol. III, p. 27.

<sup>78</sup> R. LEDESMA RAMOS, *En pie de guerra!*, en «La Conquista del Estado», 3, 28 de marzo de 1931, p. 1, en *Obras Completas*, cit., Vol. III, p. 57.

<sup>79</sup> «La voluntad del pueblo se ha decidido de un modo magnífico y vigoroso por la República, y nosotros, fervidos exaltados de la energía nacional, hispánica, celebramos su disciplinado triunfo. ¡Viva la República! Nunca hemos creído subversivo este grito, que hoy es y representa el clamor entusiasta de los españoles» (R. LEDESMA RAMOS, *El nuevo Régimen. La proclamación de la República*, en «La Conquista del Estado», 6, 18 de abril de 1931, p. 1, en *Obras Completas*, cit., p. 107. La llegada de la II República propició el abandono del pequeño partido de un gran número de militantes. Ledesma intentaría captar militantes con un llamamiento a Ramón Franco, y a los sectores de la izquierda troskistas y cenetistas. Con el tiempo, conseguiría la adhesión de los reconocidos cenetistas Olalla, Guillén Salaya y Álvarez de Sotomayor y del comunista Santiago Montero Díaz. Cfr. G. SALAYA, *Anecdotario de las JONS: historia y anécdota de las Juntas de*

medida en que se consideró el nuevo sistema como el escenario más favorable para iniciar «en la vida española las propagandas de responsabilidad nacional» que fomentaran la acción violenta destinada a quebrar el sistema.

La lucha entre partidos propia del juego parlamentarios extremaba las posiciones sociales y políticas, configurando la división de la sociedad en una dinámica amigo-enemigo. Este era el diagnóstico que el fascismo había aprovechado conscientemente, según Ledesma. La época decretaba que se debía ser «postliberal». Tal y como indicaban los casos de Rusia, o de Italia y Alemania, el liberalismo estaba superado. Eran los grandes bloques de masas los que se alzaban ahora violentamente contra el estado demo-liberal clamando la eliminación de todo tipo de mediaciones y exigiendo transformaciones sociales<sup>80</sup>.

Las nuevas luchas sindicales y políticas superaban, en este sentido, los planteamientos violentos de los nihilistas rusos que operaron en el imperio zarista durante los años de 1875 a 1885 y los grupos anarquistas que actuaban en la España de la Dictadura. A su modo de ver, la pugna fascismo-comunismo, había desplazado este tipo de violencia terrorista, «de caza callejera de grupos reducidos heroicos», para dar lugar a los grandes choques de masas propios del siglo XX: «de grupos numerosos que interpretan y consiguen la intervención activa, militante y pública de las gentes, extrayéndolas de su vivir pacífico y lanzándolas a una vida noble de riesgo, de sacrificio y de violencia»<sup>81</sup>. En el fondo, todo consistía en llevar a la práctica las profecías anunciadas y cantadas por los D'Annunzio, Giménez Caballero, etc. De hecho, todo el proyecto político de Ledesma, pasará por la creación de un gran partido de masas, a la imagen del Partido nazi alemán o el fascista italiano, con la suficiente fuerza para imponer un sentido nacional al Estado español por medio de la acción violenta. Según el fascista zamorano, el éxito de los movimientos totalitarios extranjeros se había debido precisamente al uso de la violencia política que nutría su atmósfera revolucionaria. Su victoria radicaba en que el mito que las alimentaba consiguió desarrollar una violencia mayor que la de las formaciones marxistas. El célebre juicio de Schmitt – el mito más fuerte reposa sobre lo nacional –, aunque desconocido por Ledesma, volvía a ser aquí aceptado<sup>82</sup>. Con este diagnóstico en la mano, el joven fascista considerará que la sociedad española se encontraba

*Organización Nacional-Sindicalista*, San Sebastian 1938; S. MONTERO DÍAZ, *Fascismo*, Valencia 1932; P. GONZÁLEZ CUEVAS, *Ledesma Ramos o el imposible fascismo español*, Introducción a: R. LEDESMA RAMOS, *Discurso a las Juventudes de España*, Madrid 2003, pp. 11-34.

<sup>80</sup> «La pugna fascismo-comunismo [...] es hoy la única realidad mundial» (R. LEDESMA RAMOS, *La violencia política y las insurrecciones*, «JONS», I, 3 de agosto de 1933, p. 104-109. Firmado con el seudónimo de Roberto Lanzas, en *Obras Completas*, cit., Vol. III, p. 371).

<sup>81</sup> *Ivi*.

<sup>82</sup> Cfr. L.A. ROSSI, *El mito más fuerte reposa sobre lo nacional: Carl Schmitt, Georges Sorel y el concepto de lo político*, en «Revista Internacional de Filosofía Política», 14/1991, pp. 147-166.



madura como para acometer una revolución por medio de la acción directa de un partido de masas de corte nacionalista-totalitario. El dictamen de Ledesma es claro: «España ha penetrado ya en el área de la violencia política»<sup>83</sup>. La posibilidad de una dictadura totalitaria estaba latente en la atmósfera hispana. Ahora se constataba, a su parecer, la emergencia de un mito nacional con el poder suficiente para orientar a las masas hacia la acción directa, la insurrección o el golpe de Estado.

En este contexto, la II República española se mostraba para Ledesma como la última fase del caduco sistema liberal español en la que podían abrirse paso los grandes fenómenos de masas. El Estado liberal-parlamentario era sólo un reflejo de la lucha de los individuos por sus propios intereses, no por los de todo el cuerpo nacional. Por un parte, vivía desorientado e inerte ante las coacciones tanto de las tendencias fascistas como de las bolcheviques. Por otro, la República no había sabido enlazar con la vida auténtica. En cierto modo, también Ortega había realizado la misma crítica. El nuevo régimen era todo menos el modelo que el anhelaba para revitalizar la sociedad española<sup>84</sup>. Sus medidas no cumplían el sueño político de Ortega, cuyo liberalismo estaba fundado sobre el valor inalienable del individuo concreto reflejo de la vida auténtica. Ledesma ya había dado un paso más allá del maestro: la vida auténtica se rebela sólo en la fuerza creadora de los grandes fenómenos totalitarios. Esto es lo que le había hecho comprender el relato imperial de Giménez Caballero. Fuera de las discusiones parlamentarias esperaba, según Ledesma, la vida auténtica, el «impulso vital», el «pulso firme» y el «temple», de unas masas adormecidas que esperaban ser despertadas por una vanguardia directora. Esta era la función del mito, como vimos arriba, elevar su temperatura y llevarla al sacrificio por España. En este escenario, la juventud como nuevo sujeto político, estaba obligada a adoptar una «actitud de soldado», si quería su «liberación de todo mito parlamentarista». Sólo ella podía instituirse como vanguardia, capaz de girar el timón con rapidez, «que permita desarticular y vencer el poder político dominante, sustituirlo, y emprender con las masas española la edificación y conquista histórica de la Patria»<sup>85</sup>. Esta era la tarea con la que Ledesma formaría el pequeño grupúsculo fascistoide de *La Conquista del Estado*, y luego crearía las juntas de acción directa y propaganda, las JONS. De un modo u otro, se trataba de instaurar una «doctrina segura [...] una técnica insurreccional, moderna e implacable» para acabar con todo presupuesto burgués y democrático.

<sup>83</sup> R. LEDESMA RAMOS, *La violencia política y las insurrecciones*, cit., p. 373.

<sup>84</sup> J. SAN MARTÍN, *La fenomenología y la crisis de la cultura*, in M. GONZÁLEZ GARCÍA (ed), *Filosofía y Cultura*, Madrid 2003, p. 453.

<sup>85</sup> R. LEDESMA RAMOS, *Discurso a la juventudes de España*, cit., p. 56.